

HABLA KARIN EITEL:

“Decidí no arrodillarme”

- *“Sentí una lluvia de combos en la cara y en la cabeza. Supe lo que era ‘el teléfono’, al mismo tiempo que me mechoneaban hasta provocarme heridas en el cráneo”.*
- *“El Fiscal Torres en un momento perdió su compostura. Fue penoso. Me amenazó con encargarme a un ‘Grupo Especial de Investigaciones’”.*

La noche del 4 de diciembre miles de chilenos quedaron horrorizados frente a las pantallas de televisión. Las imágenes de un video mostraron a una joven que, con el rostro descompuesto y con una expresión de dolor y tristeza en los ojos, hablaba del secuestro del comante Carlos Carreño sin aportar ni un solo dato importante. Esa noche Karin Eitel Villar completó 34 días incomunicada del mundo real. En la madrugada del 1° de noviembre había ingresado a un mundo de pesadillas, cuando fue detenida en la casa de unos amigos en Las Condes. Tres días estuvo desaparecida hasta que, en la antesala del 12° Juzgado del Crimen, el abogado José Galiano, amigo de la familia, con una fotografía de la joven en mano, pudo confirmar con un testigo la detención. Ese mismo día Investigaciones reconoció que se encontraba en sus dependencias. Una parte de la pesadilla —al menos— había terminado.

Once días después ingresó en calidad de incomunicada a la Cárcel de Hombres de San Miguel. Ocupó una estrecha celda en el cuarto piso de la torre central. Tan sólo un somier metálico y una especie de colchón. No hay luz, no hay ventilación, sólo un lúgubre pasillo y cuatro celdas. Desde lejos le llegaban los ruidos de la prisión: los gritos de los reos castigados y, ciertas tardes, los cantos de las presas políticas. Karin Eitel permaneció así 34 días.

El primer viernes de diciembre Karin Eitel fue llevada hasta el pabellón de mujeres de San Miguel. Fue un momento de mucha alegría, por fin terminaba esa larga soledad, al fin tenía espacio para compartir solidaridad. Poco le duró el regocijo. El lunes siguiente, el Fiscal Torres la llamó a declarar. Partió temprano, fortalecida, animada por sus compañeras. Regresó muy tarde y lloran-



do. Era la primera vez que sus compañeras la veían llorar. No pudo contar los porqués de su llanto, la voz de la gendarme sonó potente en el pasillo y Karin debió salir, traspasar la puerta de fierro una vez más para que le leyeran un documento oficial.

Las mujeres que la acompañaron se inquietaron y una vez que la puerta se cerró se les informó que Karin sería nuevamente aislada. Fue el inicio de la desobediencia. Las presas políticas se negaron al encierro, gritaron, protestaron en un ambiente de abierta rebeldía. De nada sirvió. Karin no regresó de su celda de aislamiento. Allí permanece aún a pesar que el doctor Mix de la Penitenciaría confirmó tres lesiones en las vértebras cervicales y dorsales. Todavía no autorizan que se le practique el encefalograma.

Desde ese lúgubre recinto Karin Eitel pudo ser entrevistada por ANALISIS. Este es su testimonio.

—¿Cómo se produjo su detención?

—Recuerdo que yo dormía el día que me detuvieron. Desperté con el ruido de fuertes golpes y luego unos gritos: “¡Vamos a bombardear la casa! ¡Salga!”. Así comenzó la pesadilla.

—Una vez que fue detenida, ¿qué hicieron con usted?

—De inmediato me pusieron una venda en los ojos, y apenas me bajaron del vehículo, al llegar a uno de sus cuarteles, comenzó el interrogatorio. Eran 20 ó 30 hombres, muy brutos. Yo estaba sola en medio de ellos.

“Sentí una lluvia de combos, en la cara y en la cabeza. Supe lo que era el llamado ‘teléfono’, al mismo tiempo que me mechoneaban muy fuerte hasta provocarme heridas en el cráneo. Los golpes en la cabeza y en la cara se repitieron todo el tiempo. Hubo otras cosas que sentí muy terribles.

“Todo esto sucedía mientras me hacían desnudarme una y otra vez en medio de groserías y amenazas de ‘arreglar el asunto en otros términos’. A ratos volvía otro grupo de torturadores y luego las mismas preguntas y nuevamente la golpiza con todos sus ingredientes”.

—Aparte de los golpes y las torturas sofisticadas, ¿no hubo algún intento de interrogarla civilizadamente?

—En el cuartel de la CNI donde me tuvieron en la primera etapa me ofrecieron hablar con el Fiscal Fernando Torres



—si colaboraba con ellos— para que “me tratara mejor”. Eso me hizo sentir absolutamente desprotegida de la justicia. Sentí que esa fiscalía militar estaba relacionada con el tratamiento que allí me daban. Esta sensación se transformó en certidumbre cuando pude ver a los mismos hombres que me torturaron y golpearon, transitando por la Fiscalía militar.

—¿Qué actitud adoptaban esos hombres cuando usted los cruzaba al interior de la Fiscalía Militar?

—Cuando los encontraba en un pasillo y yo los miraba, daban vuelta la cara. Era como si tuvieran miedo. Me pregunté muchas veces por qué se escondían cuando uno llegaba. ¿A qué o a quién le tienen tanto miedo?

—¿En qué condiciones se hizo el video exhibido por el Canal 7 de Televisión como su “confesión”?

—Esa filmación fue parte de un show. Estaban desesperados conmigo, recalco la palabra desesperados, y yo nunca comprendí y todavía no comprendo el porqué. Sin ningún elemento de base decidieron montar “la historia de Pepe”,

porque de eso se trató. Yo estaba bajo los efectos de fuertes sedantes, ya que tenía permanentes dolores, rigidez en el cuello, lesión que no me permitía ni siquiera enderezarme, pero sí estaba consciente de lo que me hicieron decir. Por eso quiero decir enfáticamente lo que ya les dije a ellos: en ningún momento impliqué a mi abogado en los hechos en que a mí se me involucra.

—¿Cómo se explica entonces que en ese video usted hiciera aparecer en una actitud casi cómplice a su abogado?

—Sacando conclusiones puedo afirmar que lo que hicieron fue insertar preguntas, omitir partes de respuestas y preguntas y hacer un arreglo para que yo saliera claramente inculcando a José Galiano. Es cierto que yo estaba muy mal, pero ese video jamás se hizo como ellos lo mostraron. Cuando vi las fotos me di cuenta de lo macabro que fue todo. Recuerdo que al finalizar la sesión, el interrogador exclamó: “Hasta natural salió, no tan automático como otros”.

—¿Por qué cree usted se decidió exhibir un video tomado en cuarteles de la CNI en las pantallas de la televisión

estatal?

—Pienso que fue producto de la desesperación que reinaba entre ellos en esos días. No veo los beneficios políticos que pudieron sacar de esa atrocidad. Creo que lo hicieron ante la imposibilidad de tener un notición que justificara sus métodos y su ineficiencia.

—¿En qué otros lugares de reclusión estuvo detenida?

—En el cuartel de Investigaciones. Allí, si bien tuve acceso a que me revisara personal médico, no me autorizaron los exámenes que en carácter de urgente se pidieron. En función de “órdenes superiores” no dejaron que me hicieran un electroencefalograma y radiografías varias.

—¿No tenía temor por el agravamiento de su estado físico?

—Sí, me inquieté, pero más me impresionó que un organismo como Investigaciones tuviera que subordinarse a “órdenes superiores” hasta el punto de negar la atención médica urgente.

—¿Cómo podría describir su estado de salud en esos días?

—No podía ni abrir ni cerrar la boca, toda la articulación de la mandíbula y oídos la tenía paralizada. La rigidez en la zona de la columna y las cervicales me desesperaba. El dolor de cabeza no desaparecía y también me dolían las heridas en el cráneo por donde supuraba una secreción muy fea. A pesar de todo eso, debo decir que en Investigaciones creí que me sentía más protegida. Hasta que todo cambió...

—¿Por qué? ¿Qué le sucedió en ese recinto?

—Llegaron los de la CNI con un gran despliegue a interrogarme, a reiterarme las amenazas. Nuevamente la inseguridad. Esto se repitió tres veces.

—En ese ambiente de tanta inseguridad, ¿cómo hacía para no angustiarse?

—Me sentía insegura pero me ayudó pensar en los míos. Sabía que detrás de esas sucias murallas estaban gestionando, preguntando. Tuve la certeza entonces de que eso era sólo una etapa, quizás la peor, pero que necesariamente debía terminar algún día. Por eso fue terrible cuando un comando de la CNI me sacó del cuartel de Investigaciones. Pero muy luego pensé en mi gente y me dije que si bien me podían torturar nuevamente ya no sería por mucho tiempo.

—¿Qué hacía para paliar el aislamiento, la soledad y esas sesiones de tortura que usted describe?

—Es increíble, pero siempre sentí fuerza y ánimo al pensar en lo que sucedía más allá de lo que yo estaba viviendo. Otras experiencias me acompañaron y ayudaron y también me ayudó mucho mi experiencia como andinista. Me repetía una y otra vez que

eso tenía que terminar. Esa seguridad me hizo no desesperarme.

—¿Qué cosas de las que usted vio en sus torturadores le llamaron más la atención?

—El que me prometieran "por Dios" que cumplirían sus amenazas. Decían que el tiempo no era un obstáculo. Yo me pregunto: ¿Pueden llamarse ellos cristianos? ¿Qué opinará nuestra Iglesia Católica al respecto? También me impresionó el comprobar que varios de los hombres que me golpearon estaban borrachos. Lo noté al sentir en mi cara sus alientos asquerosos.

—¿Qué hechos ocurridos en esos días tiene aún muy nítidos en su memoria?

—Muchos, cada sesión se hace imborrable, pero hubo momentos de gran tensión. Como cuando llegó hasta el cuartel de Investigaciones otro comando de la CNI para sacarme. Nuevamente lo mismo, el temor, la incertidumbre. Esa vez se trataba de una filmación. Me negué, insistieron y me volví a negar. La tensión fue terrible, entre amenazas y groserías tuvieron que partir. En esos momentos podía pasar cualquier cosa.

—¿Cómo fue su primer contacto con la Fiscalía Militar?

—A la Fiscalía llegué cuando me tomó a su cargo el "Grupo de Operaciones Tácticas" de Investigaciones. Me llevaron encapuchada hasta una oficina donde un tipo muy alterado me amenazó con pegarme si no le colaboraba. Le contesté que nada tenía que decirle y esperé la bofetada. Me sacaban, me paseaban, y luego a la fiscalía nuevamente, hasta que me recibió el capitán Carlos Donoso.

—¿Fue en ese momento que declaró por primera vez?

—Ante él me negué a declarar si no me hacían previamente un chequeo médico. El capitán Donoso me amenazó entonces con recurrir a los antecedentes que tenía la CNI, que así metería presa a toda mi familia y al abogado José Galiano. Ese día nada declaré.

—Al día siguiente me sacan radiografías y después de once horas me toman declaración el 10 de noviembre. A las tres de la mañana por fin me depositan en la Cárcel de San Miguel.

—¿A usted la llevaban diariamente a la Fiscalía Militar. ¿Eran muy largos los interrogatorios?

—No volví a declarar, pero me llevaban todos los días a Fiscalía, me hacían permanecer encerrada en el furgón. ¿Para qué? Nunca lo supe y creo que nadie lo sabía. Todavía me sentía muy mal, con mareos y fatigas pero nada hacían, la respuesta de siempre era: "Son órdenes". Así comenzó el período de las incomunicaciones, tal como me lo había advertido el capitán Donoso.

—¿La interrogó personalmente el Fiscal Fernando Torres?

—Sólo conocí al Fiscal Torres cuando éste volvió de su luna de miel. Le dije que ya había dicho todo lo que tenía que declarar y que la labor de investigación le correspondía a él y no a mí. Perdió su compostura el Fiscal; fue penoso. Me amenazó con encargarme a un "Grupo Especial de Investigaciones" (?). Me reiteró que lo mejor para mí era colaborar y me dijo que lo pensara durante la noche.

—¿Y lo pensó?

—Al otro día me llevaron ante él y sólo hizo una pregunta: "¿Va a declarar?". ¡No!, respondí, y de inmediato dio la orden: "¡Llévensela para afuera!".

—¿Cómo se siente hoy día después de haber pasado por la experiencia que relata?

—A pesar de todo lo que me hicieron, del desamparo que sentí, de ese olor insoportable a borracho que despedían sus bocas, salí fortalecida. Hoy día tengo claridad sobre lo que significa estar en manos de estos aparatos represivos. Sentí impotencia, pero también percibí su desesperación, su decadencia.

—Esa decadencia, ¿la hace a usted pensar que esas prácticas se van a terminar pronto?

—No, no creo que eso signifique que ellos cambien de métodos. Por el contrario. Ese embrutecimiento y falta de sensibilidad los lleva a ir más allá aún. Por ejemplo, en mi caso concreto, tanto la CNI como el Fiscal Torres necesitaban justificar una eficiencia que en el caso que me involucraron no han demostrado tener. Por eso usaron mi detención, la usaron con efectos propagandísticos.

—¿Quién es Karin Eitel? ¿Cuáles son sus sueños, sus ideales?

—Soy una chilena con pensamiento de



izquierda. Trato de ser consecuente con lo que creo justo. Aspiro a participar con mi esfuerzo en la construcción de una sociedad mejor para todos. Más que idealista, soy realista, lo que se afianzó con la experiencia que viví. Ella me demostró que cuando necesitan crear un enemigo, y si no lo tienen en ese instante, lo inventan. Así de simple. Mi testimonio no es más que eso. Lo terrible es que hay miles de casos anónimos como el mío. No entiendo cómo hay gente que aún no quiere ver la realidad. No quieren entender que nadie está exento de correr esta misma suerte, nadie...

—¿Cuál fue la impresión que le dejó la justicia militar?

—Lo que más me impactó fue darme cuenta del rol que juega la justicia militar. ¿Cómo es posible que el fiscal me dijera que recurriría a declaraciones extrajudiciales, sacadas bajo tortura, "para traer del culo a tu abogado y a toda tu familia"?

—¿Qué puedo pensar de esa justicia si quien dice representarla me dice: 'Nada nos cuesta fabricar un motín en la Cárcel y pitearnos a todos ustedes'? Eso me hace sentir una profunda amargura. Sé que esta entrevista me puede ocasionar costos, hostigamiento sobre mí, mi familia y sobre José Galiano y su familia. Pero también estoy consciente que esa es una amenaza permanente y por la misma razón no tengo derecho a achicarme, por dignidad. Es un compromiso que ellos mismos me hicieron adquirir".

—¿No cree que esa actitud desafiante puede ser muy autodestructiva?

—No, no es una actitud desafiante, pero es que hay que pasar por esta experiencia de enfrentarse desnuda, amarrada ante todos ellos para entender que no podemos callar y poner la otra mejilla siempre.

—¿En qué condiciones de reclusión se encuentra hoy día en la Cárcel de Hombres de San Miguel?

—Estoy aislada en la misma celda de incomunicación. No tengo espacio para desplazarme, no hay ventilación y no se me permite salir al aire. Para todo esto siempre encontrarán respuesta. El Fiscal Torres siempre tendrá el argumento legal y si no lo tiene, lo decreta. Así de simple.

—Pero no me van a destruir. Sé que mi salud puede empeorar, el encierro no es fácil y me afecta. Soy una deportista activa y el cambio es muy grande, pero tengo la decisión de no arrodillarme y sé que con el apoyo de todos lo puedo lograr. No me pidan que transe con los que me molieron a golpes sin saber por qué. Quiero que todo se aclare. Quiero justicia justa. Eso es todo lo que pido".

MONICA GONZALEZ